

059. Mirando al mundo pagano

Todos sabemos cómo se divide el mundo cuando lo miramos a la luz de Jesucristo: el mundo cristiano y el mundo pagano. Los que conocemos y seguimos a Jesucristo, y los que no tienen noticia de Él.

La pregunta, entonces, nos viene espontánea: *¿Por qué Jesucristo es conocido sólo por poco más de una quinta parte de la humanidad, después de dos mil años de la Redención?... Es una cuestión que nos preocupa. Y de ahí viene nuestro interés, nuestro celo y nuestra colaboración con las Misiones Católicas.*

Pero hoy no vamos a hablar de las Misiones, sino de la situación real de ese mundo que nos preocupa: ¿Quiénes son los paganos, qué esperanza de salvación ofrecen, cómo los debemos mirar, cuál es la visión de la Iglesia, a qué se debe reducir nuestra actitud con ellos?...

En nuestros días han abundado dentro de la Iglesia los grandes profetas, cuyas lecciones nos pueden impresionar y cuya conducta es para nosotros una norma segura.

Citamos ante todo a un Papa como Juan Pablo II, cuando invita a los dirigentes de todas las religiones en Asís para rogar todos juntos por la paz. Una reunión histórica. El Papa no es el primero, sino uno de tantos, aunque haya sido el anfitrión. Y lo mismo pinta allí el Gran Rabino Judío que el Lama del Tibet.

Otro caso es la Madre Teresa. Para ella no hay nunca distinción entre un ferviente católico, un paria hindú de las calles de Calcuta o el mayor incrédulo que la viene a visitar. Atiende a todos por igual.

¿Por qué este trato sin distinciones entre los domésticos de la fe y los que no tienen nada que ver con la Iglesia? Muy sencillo, porque *Dios quiere la salvación de todos los hombres* (1Timoteo 2,4), y esos hombres están llamados a formar parte de la Iglesia, cuyas puertas no se cierran a nadie.

Además, la Iglesia sabe que en los pueblos paganos hay muchos valores espirituales que vienen de Dios, aunque el Maligno, buscando siempre la perdición de los hombres, los haya inducido a cambiar el verdadero Dios por dioses falsos, o a tributar al Dios verdadero un culto cargado de supersticiones abominables y en todo contrarias al querer de Dios. Esos hombres, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, están expuestos a la desesperación más radical.

¿Puede la Iglesia permanecer indiferente ante esos males, provenientes de la ignorancia o de la instigación de Satanás? No, no puede. Por eso acoge a los hombres que se debaten en la sombra del error y los invita a entrar en su seno a fin de que, encontrándose con Jesucristo, lleguen fácilmente a la salvación que buscan entre sombras y a tientas, muchas veces con tan buena voluntad y con tanto acierto.

Como le ocurría a aquel pagano de la India, un paria ignorante pero conocedor profundo de Dios con la sola luz de la razón. El Padre Misionero entabla con él un diálogo cordial:

- *Oye, si alguno te roba dinero, ¿comete pecado contra Dios?*
- *¡Claro que sí!*

- *Y si mata a otro, ¿ofende a Dios?*
- *Ciertamente, ¡no faltaba más!*
- *¿Y si se va con la mujer de otro?*
- *¡Oh! Está claro que sí, que hace una cosa mala.*
- *¿Y si miente?*
- *Igual, eso no gusta a Dios.*

El misionero se sorprende bastante y se pregunta cómo ese pagano puede conocer tan bien la ley de Dios. Así, que le pregunta:

- *Oye, pero a ti, ¿quién te ha enseñado estas cosas?*

Y el hindú, con todo aplomo:

- *Me las ha enseñado Dios.*
- *¿Qué? ¿Cómo y cuándo te ha hablado Dios a ti?*

El viejo paria se pone la mano sobre el corazón, y dice sólo esto:

- *Aquí dentro.*

Es cierto. Dios lleva a muchos paganos por el camino de la fe, y se salvan, claro está, cuando se dejan guiar por la conciencia recta. El gran Catecismo lo dice de una manera muy explícita y clara:

- Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna (844-848)

Ante esta situación, *la Iglesia siente la necesidad y, al mismo tiempo, el derecho sagrado de evangelizar*. Lo único que teme la Iglesia es el ser rechazada voluntariamente por quienes la conocen y se niegan a entrar o perseverar en ella. ¡Éstos sí que dan miedo! De modo que el Concilio nos dice —y lo repite el gran Catecismo— *que no podrán salvarse los que, sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia Católica como necesaria para la salvación, sin embargo no quieren entrar o perseverar en ella.*

Con estas palabras no hace la Iglesia sino recoger el final del Evangelio de Marcos (16,16): *Quien crea y sea bautizado, se salvará. El que no crea, se condenará.*

Es grande nuestra dicha al pertenecer como miembros vivos a la Iglesia Católica, y nos esforzamos para atraer a todos los hombres a su seno, porque la Iglesia es el medio universal de la salvación. Nosotros abrazamos a todos los hombres, porque todos están llamados a formar en la gran familia de Dios.